

## MAYITO, SABIDURÍA INNATA

*Para Marta, Mariana y Miguel*

Mi amigo Mario Coyula, Mayito, se ha ido sin estridencias, con la elegancia que le caracterizó en vida, rodeado por el cariño de su círculo más íntimo, sintiendo el dolor apenas mitigado como propio.

La muerte de un ser querido es siempre cruel, sin paliativos, y nos deja un vacío imposible de llenar, ni tan siquiera por tantos recuerdos compartidos en La Habana, en Cádiz, en Córdoba, en Quito, en Sevilla, tantas veces más en La Habana: conversaciones relajadas, viajes disfrutados, análisis apasionados en torno a la arquitectura y a la ciudad, comentarios sobre la realidad política, de acá y de allá, también algunos sinsabores externos, ¡cómo no!

En todas las situaciones, Mayito mostraba una sabiduría innata, profunda, que llevaba con la naturalidad de quien no necesita hacer ostentación de nada. Podría pasar perfectamente por un lord inglés, gracias a su apellido de origen anglosajón, pero había decidido nacer y vivir en el trópico, todo un privilegio.

Pero eso no significa que estuviera de vuelta de todo, ni mucho menos. Su actitud ética le hacía no sólo ser crítico con la deriva urbana de su ciudad, La Habana, que le dolía en lo más profundo, sino también con algunos episodios, del pasado y del presente, de su país, sobre los que escribía con tanta frecuencia como libertad.

Su profesión, la de arquitecto, la ejerció bajo todos los prismas posibles: docencia, investigación, gestión y difusión, y aunque su preferencia era siempre la del magisterio, no rehusaba ningún envite, por complejo que fuese. Pasó por la Dirección de la Facultad de Arquitectura del ISPJAE, por la de Arquitectura y Urbanismo de La Habana, por la del Grupo de Desarrollo Integral de la Capital, además de la Presidencia de la Comisión de Monumentos. En todos los casos dejó su impronta, su talante de diálogo, y su distanciamiento del dogmatismo burocrático, ganándose el respeto de todos.

José Enrique Fornés, Andrés Garrudo, Mario González, Gina Rey, fueron algunos de sus más fieles amigos y compañeros, en este orden, pero con quien más coincidió desarrollando una labor profesional de primer nivel fue con Emilio Escolar, cuya muerte le impactó profundamente. Dos obras son elocuentes de esta colaboración: el Mausoleo a los Héroes del 13 de Marzo, en el Cementerio de Colón, y el Parque de los Mártires, en la confluencia de las calzadas de Infanta y San Lázaro.

La primera es una topografía artificial, escalonada, donde se van disponiendo las tumbas, presididas por una bandera cubana ejecutada en acero, cuya ondulación al viento ha quedado fosilizada, como las vidas de los que allí yacen. La segunda, en cambio, es un espacio público estructurado por unas pantallas escultóricas de hormigón cuyas superficies presentan las efemérides heroicas de los mártires cubanos, ejecutadas en bajorrelieve, en torno a un punto de encuentro central desde el que puede leerse el espacio circundante bajo la sombra de la vegetación tropical.

Sin embargo, a Mayito no le gustaba hablar de sí mismo, rara vez lo hacía. Prefería centrar su atención crítica en la desestructuración a que estaba sometida la ciudad, en la ruralización -término que le gustaba utilizar- del Vedado, el barrio con el que más se identificaba, su barrio, o en la situación en la que se encontraba el proceso revolucionario de su país, Cuba. Y ahí aparecía su ironía fina, su socarronería, como mecanismo para quitarle acritud a la crítica.

Es imposible resumir todos estos años de amistad, ni el agradecimiento por haber estado como miembro del Tribunal en Sevilla en la lectura de mi tesis doctoral, o por el inteligente texto con el que epilogaba la publicación: *Y después de Sert, qué?* Porque escribir para Mayito era algo consustancial con su forma de entender, y de estar en el mundo. Rara vez nos veíamos que no me entregara alguna revista con su último artículo, siempre con una mirada personal, comprometida consigo mismo.

Intelectual inquieto, se lanzó a novelar la vida de una de las mujeres más bellas de Cuba, Catalina Lasa, en cuyo título prescindió del apellido, centrando la atención en el carácter de una mujer que protagonizó el primer divorcio en Cuba, y cuya sociedad rechazó. Un retrato personal a través del cual Mayito retrataba la sociedad habanera de las primeras décadas del siglo XX, rezumando erudición por todos sus poros sin proponérselo.

Su muerte, la de Mayito, no se parecerá a la de Catalina. No será embalsamado en París con la fuerza de las primeras páginas de su novela, ni será enterrado en el mausoleo *art déco* que Lalique le construyó en el Cementerio de Colón, pero su recuerdo, siempre vivo, permanecerá en ese altar que guardamos para los verdaderos amigos.

Paco Gómez  
Córdoba, 8 de julio de 2014.